
La globalización y sus reflejos en lo social

Paulo C. Moura

Esta es una versión resumida de las notas para la ponencia del autor en el Seminario "Globalização e os Reflexos no Social, organizado por el Servicio Social del Comercio-Administraciones Regionales (SESC-AARJ) celebrado los días 25-29 de mayo de 1998. Paulo C. Moura es doctor en Psicología y consultor de empresas, presidente del Instituto Brasileiro de Estudos Políticos e Sociais. Ha sido Director Regional del SENAI y consultor de las Naciones Unidas, entre otras actividades.

La globalización no es un fenómeno nuevo en la historia. Lo nuevo es la atención dispensada al tema y la amplitud de sus efectos.

Se trata de un típico producto comercial de la conclusión de la Guerra Fría y el comienzo de la guerra económica que dividía el mundo entre países capitalistas y países socialistas (ninguno de ambos conceptos es hoy claro, ni representan ya lo que significaban en el período de la confrontación ideológica).

Uno de los mayores efectos de la transformación geopolítica mundial fue el fin de las "superpotencias" que correlacionaban el poder militar con el económico (la Unión Soviética y los Estados Unidos en los años sesenta). Esa vinculación no existe más. Pero, compensándola, la revolución científ-

fico-tecnológica mundial provocó una excepcional *competición de carácter global*. Esa competición se produce igualmente por el estímulo y el aumento de la *productividad*, de donde resulta, finalmente, la llamada *globalización*.

Hoy el mundo es un todo: no tiene prácticamente fronteras, y constituye un mercado único y globalizado. Hasta los conceptos más arcaicos, como "distancia", "tiempo" y "velocidad", fueron, si no abolidos, al menos alterados en sus connotaciones actuales. ¿Ejemplos? Antiguamente se decía que Brasil tenía límites con Argentina pero no con los Estados Unidos. Esto perdió significado: la frontera no es más el Río de la Plata, sino el espacio sideral. El tiempo ha cambiado: hechos importantes, como los grandes desastres naturales, la Guerra del Golfo o la Copa del Mundo, son presen-

165

ciados por más de 2.100 millones de personas “en tiempo real”, o sea, mientras están ocurriendo. En 1918, una noticia de la mayor importancia, como el fin de la Primera Guerra Mundial, demoró diez días en llegar a ciertas ciudades de Europa occidental. Hoy, en fracción de segundos, podemos comunicarnos desde cualquier punto con cualquier lugar del planeta. Internet –que está siendo revisada para combatir su “lentitud”– ya une *on line* a cerca de dos mil millones de personas.

Si bien la globalización económica tiene efectos positivos en el campo de la productividad y de la competitividad, trae consecuencias negativas en el terreno social. Los resultados son bastante distintos, aunque se trate de pobres o de ricos.

166

La globalización pesa fuertemente sobre los trabajadores, quitándoles o reduciéndoles empleos y salarios. Una de las grandes paradojas es la producción cada vez más abundante de bienes y servicios, a precios cada vez más competitivos, a expensas de una drástica disminución de empleos y de reducción de salarios.

No existen soluciones probadas y confiables. El desafío es global y las soluciones también deberán serlo. Por ahora, lo mejor que se puede esperar es un conjunto de “amortiguadores sociales”, medidas que tratan de reducir el *onus* que acarreo la globalización, aunque todavía su eficacia es modesta en todos los países.

Conservar el empleo es, hoy, un objetivo mucho más seductor que la obtención de mejoras salariales. Es por eso que los sindicatos se debilitaron. Pero ¿hasta cuándo? Esa situación no puede durar para siempre, dice la razón. Pero lo cierto es que muchas empresas viven un abismo de percepción estratégica en la confrontación capital-trabajo. Las empresas suelen ser más ágiles, imponen sus metas de producción, reducen sus costos y aumentan sus ganancias. Los obreros aún parecen cautivos de modelos ya superados y piensan en categoría vetustas y geográficamente fijas.

A largo plazo, seguramente, conseguiremos las llamadas “cláusulas sociales”, ya que la dignidad humana es un imperativo universal. El punto se convierte cada vez más en un tema filosófico más que económico. Si el conflicto persiste, podemos estar amenazando la paz mundial o bien destruyendo el sistema, sin que haya aún otro para poner en vigencia.

Hubo, por cierto, un impulso de progreso económico. Pero el mundo se divide cada vez más entre los que siempre ganan y los que siempre pierden. Hay más riqueza que nunca, pero la desigualdad alcanza a niveles increíbles. Por ejemplo, al tiempo que existen unas doscientas personas físicas con un patrimonio líquido o superior a mil millones de dólares, todavía más del 24 % de la población mundial viven con menos de *¡un dólar por día!*

Esta brecha no hace más que aumentar.

Las relaciones capital-trabajo, que necesitaron unos doscientos años para obtener un mínimo de armonía, se deterioran velozmente. Imaginar que la famosa “mano invisible”: el mercado, sea capaz por sí solo de evitar esta crisis, revela simplemente mala fe, ingenuidad, o ambas cosas

Ante esto, los “profesionales de la ayuda” (asistentes sociales, psicólogos, pedagogos, etc.) no podemos desesperar. Existe una clara correlación entre la “esperanza social” y la crisis. La

esperanza social da fuerzas y motivación para enfrentar las crisis más agudas. No es una utopía ni un “comportamiento mágico”. Nuestro papel es hacer lo que correspondería a los gobiernos. No controlamos ni administramos la economía, pero podemos ayudar: con la información, aconsejando a los más afectados, asesorando a las instituciones y a quienes toman decisiones, proponiendo medidas que sirvan como amortiguadores sociales. En fin, ayudando en los procesos de recalificación profesional y en la divulgación de las posibilidades de empleo, sin olvidar el calor humano que anima y ampara a los más necesitados. ♦

168

boletín cinterfor